

CAPÍTULO III.

LO QUE PASABA EN LAS TULLERÍAS Y EN LAS CALLES DE PARÍS, EN TANTO QUE MR. CAMILO DE ROZÁN Y MME. SUSANA DE VALGENEUSE VALSABAN EN EL BAILE DE MAD. DE MARANDE.

En tanto que Carlos X manifestaba al mariscal esta buena intención, los guardias nacionales volvían á sus barrios.

Pero antes de volver á estos, habían comentado la respuesta dada por Carlos X á Bartolomé Lelong:

— He venido aquí para recibir homenajes y no lecciones.

Habían hallado el dicho un poco aristocrático para el sitio en que había sido pronunciado.

Carlos X, al pronunciar aquellas palabras, se hallaba exactamente en el mismo sitio en que treinta y siete años antes se alzaba el altar de la patria, en que Luis XVI había jurado la Constitución francesa.

Es verdad que Carlos X, conde entonces de Artois, no había visto este altar, no había oído aquel juramento, porque estaba emigrado desde 1789.

Resultaba de aquí, que apenas el rey había dejado el campo de las maniobras, los gritos hasta entonces contenidos estallaron, y el Campo de Marte entero parecía estremecerse bajo un hurra universal de cólera y de imprecações.

Pero no fué esto todo.

Cada legión, al volver á emprender el camino de su distrito, llevó consigo cierta cantidad de animación, cogida en el foco general, y que esparcía á gritos por todo el camino.

Si estos gritos no hubieran hallado eco en la población, se hubieran apagado bien pronto, como la fragua á quien falta combustible y fuego.

Pero antes por el contrario, no parecía ser más que chispas que producían incendios.

Los gritos eran repetidos en escala ascendente como por un eco.

Los hombres, subidos en las puertas, agitaban sus sombreros; las mujeres en las ventanas sus pañuelos, gritando no ya, ¡ Viva el rey ! ; viva la libertad de imprenta ! sino ¡ Viva la guardia nacional ! ; Abajo los jesuitas ! ; Abajo los ministros !

Se había pasado del entusiasmo á la protesta, y ahora se pasaba de la protesta al motín.

Pero esto era aún peor en las legiones, que volviendo por la calle de Rivoli y por la plaza Vendome, tenían que pasar necesariamente por el ministerio de Hacienda y el de Justicia.

Aquí ya no fueron gritos, sino vociferaciones.

A pesar de la orden dada por los comandantes de continuar marchando, las legiones hicieron alto; las culatas de los fusiles descansaron estrepitosamente sobre el empedrado, y los gritos de.

¡ Abajo Villele ! ; Abajo Peyronnet ! hicieron estremecer los cristales de ambos palacios.

Uno de los dos comandantes, después de haber reiterado la orden de continuar marchando, viendo que no era obedecido, se retiró protestando.

Pero los demás oficiales habían quedado, y lejos de tratar de calmar á sus soldados, arrastrados por la general corriente, gritaban como sus camaradas, y aun algunos más fuerte que estos últimos.

La demostración era grave: no era ya una masa popular, un conjunto de vagos, ni una reunión de obreros. Era un cuerpo constituido, una potencia política, era la clase media y el pueblo entero de Francia, que protestaba por boca de veinte mil hombres armados.

Los ministros se hallaban en este momento comiendo en casa del embajador de Austria, Mr. Appony.

Advertidos por la policía, se levantaron de la mesa, pidieron sus carruajes y se dirigieron al ministerio del Interior.

Desde allí se dirigieron todos reunidos á las Tullerías.

Desde las ventanas de su gabinete el rey había podido ver lo que pasaba y darse cuenta de la gravedad de la situación.

Pero también el rey se hallaba comiendo en el salón de Diana, y ningún rumor llegaba hasta los ilustres huéspedes.

¿No fué así, en la misma situación, como Luis Felipe supo que el cuerpo de guardia de la plaza de Luis XV había sido tomado?

Los ministros esperaron en la sala del Consejo las órdenes del rey, á quien fueron á anunciar su llegada á palacio.

El rey hizo una señal con la cabeza y permaneció en la mesa.

La duquesa de Angulema, inquieta, preguntaba con la vista al delfín y á su padre.

El delfín se limpiaba tranquilamente los dientes, sin ver ni oír nada.

Carlos X respondió con una inclinación de cabeza y una sonrisa, que significaba no había necesidad de inquietarse.

Y en efecto, no se interrumpió la comida.

Á las ocho, dejaron el comedor y volvieron á las habitaciones.

El rey, como caballero galante, condujo á la duquesa de Orleans á su butaca, y en seguida se dirigió á la sala del Consejo.

En el camino se encontró con la duquesa de Angulema.

— ¿Qué hay, señor? le preguntó.

— Supongo que nada, contestó el rey.

— Creo que los ministros esperan á V. M. en el salón del Consejo.

— Me lo dijeron cuando estábamos en la mesa.

— ¿Habrá algo en París?

— No lo creo.

— ¿Me permitirá el rey que vaya á enterarme con él del estado en que se hallan las cosas?

— Enviadme al delfín.

— Perdone el rey mi insistencia: prefiriera ir yo misma.

— Pues bien, venid ahora conmigo.

— El rey me honra.

La duquesa saludó, y después, apoyándose en el brazo de Mr. de Damas, se dirigió con él hacia el hueco de un balcón.

El duque de Chartres y la duquesa de Berry hablaban entre sí con la indiferencia de la juventud.

El duque de Chartres tenía diez y seis años: la duquesa de Berry veintiséis.

El duque de Burdeos, de edad de cinco años, jugaba á los pies de su madre.

El duque de Orleans, apoyado en la chimenea, indiferente al parecer, prestaba atento oído al menor ruido, y de tiempo en tiempo se enjugaba la frente con el pañuelo, descubriendo sólo de este modo la agitación interior que le devoraba.

Entretanto, el rey Carlos X entraba en la sala del Consejo.

Los ministros esperaban en pie y muy agitados.

Esta agitación se manifestaba en sus semblantes, según su temperamento.

Mr. de Villele estaba tan amarillo como si la bilis le circulase en las venas, en vez de sangre.

Mr. de Peyronnet estaba tan encendido, como si estuviese amenazado de un ataque de apoplejía fulminante.

Mr. de Corbiere estaba lívido.

— Señor... dijo Mr. de Villele.

— Caballero, dijo el rey haciendo observar al ministro, que olvidaba la etiqueta hasta el punto de hablarle el primero; ni aun me dais tiempo de preguntaros por vuestra salud y la de Mad. de Villele.

— Es verdad, señor, pero esto consiste en que para mí son antes los asuntos de V. M. que los míos propios.

— ¿Entonces vais á hablarme de negocios, Mr. de Villele?

— Sin duda, señor.

— Escucho.

— ¿Sabe V. M. lo que pasa? preguntó Mr. de Villele.

— ¿Pasa algo? respondió el rey.

— V. M. nos invitó días pasados á escuchar los gritos de alegría del pueblo parisiense.

— Sí.

— ¿Nos autoriza hoy el rey para hacerle oír sus gritos de amenaza?

— ¿Dónde es preciso ir para oírlos?

— ¡Oh! no muy lejos; bastará abrir esa ventana. ¿Permite V. M.?...

— Abrid.

Mr. de Villele hizo girar el cierre y abrió la ventana. Con el aire de la noche que hizo vacilar la llama de las bujías, entró un turbión de gritos confusos.

Eran á la vez gritos de alegría y de amenaza; rumores que corren por una ciudad que se halla conmovida, cuyas intenciones no se pueden adivinar; y que son tanto más aterradores, cuanto que se comprende que encierran en sí lo desconocido.

Después, en medio de todo esto, estallaron como torrente de maldiciones, los gritos de

— ¡Abajo Villele!... ¡Abajo Peyronnet!... ¡Abajo los jesuitas!

— ¡Ah! dijo el rey sonriendo; ya conozco esto. ¿No habéis estado en la revista esta mañana, señores?

— Yo estuve, señor, dijo Mr. de Peyronnet.

— ¡Ah! es verdad, creí veros á caballo con el estado mayor.

Mr. de Peyronnet se inclinó.

— Pues bien, es la continuación del Campo de Marte, dijo el rey.

— Es una audacia que es preciso reprimir, señor, exclamó Mr. de Villele.

— ¿Decís, caballero?... preguntó fríamente el rey.

— Digo, señor, replicó el ministro de Hacienda, recordando cuál era su deber, que á mí entender, los insultos

que atacan al ministerio, atacan al rey. Venía, pues, á preguntar á V. M. cuál era su opinión sobre el caso.

— Señores, dijo el rey, no exageremos; creo que no hay en esto ningún peligro; creo que ninguno corro en medio de mi pueblo, y estoy seguro que bastaría el presentarme, para cambiar todos esos diversos gritos en uno solo; en el de *¡ Viva el rey !*

— ¡ Oh ! señor, dijo una voz de mujer detrás de Carlos X; espero que V. M. no cometerá tal imprudencia.

— ¡ Ah ! ¿ estáis aquí, Mad. la Delfina ?

— ¿ No me ha permitido V. M. que viniera á buscarle ?

— Es cierto.

Y volviéndose á los ministros, añadió :

— Y bien, señores, ¿ qué me proponéis en vista de lo que pasa, como dice el señor ministro de Hacienda ?

— Ya sabéis, señor, que entre los gritos que lanzan, está el de *abajo los sacerdotes*, dijo la duquesa de Angulema.

— ¿ De veras ? Yo había creído oír : *¡ abajo los jesuitas !*

— Y bien, ¿ qué, señor ?

— Que no es la misma cosa, hija mía. Preguntadlo si no á monseñor el arzobispo.

— Decidnos, Mr. de Freyssinous, decidnos francamente; ¿ creéis que los gritos de *¡ abajo los jesuitas !* se dirigen contra el clero en general ?

— Hay alguna diferencia, al menos para mí, respondió el arzobispo, que tenía amable carácter, y era hombre de muy recto juicio.

— Pues yo, dijo la Delfina mordiéndose los labios, confieso que no encuentro la diferencia.

— Vamos, señores, dijo el rey, tomad asiento, y diga cada cual su parecer sobre este asunto.

Sentáronse los ministros, y empezó la discusión.

BIBLIOTECA UNIV.
"ALFONSO REYES"
CAPÍTULO IV. Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

LA NOCHE DEL 29 AL 30 DE ABRIL.

En tanto que iba á comenzar la discusión, cuyos detalles y resultados conoceremos más tarde, alrededor de aquella mesa, sobre cuyo verde tapete se habían jugado tantas veces los destinos de Europa.

En tanto que Mr. de Marande, simple fusilero de la segunda legión, entraba en su casa sin haber dado muestra alguna de aprobación ó desaprobación que indicara su opinión política, y se quitaba el uniforme con una precipitación que indicaba la poca simpatía que tenía por el vestido militar, aun cuando aquel vestido no fuese más que un disfraz, y se ocupaba de los preparativos para el baile que debía dar su mujer aquella noche; nuestros jóvenes amigos, que no habían vuelto á ver á Salvador desde los últimos consejos que les dió para la revista, se apresuraron, como Mr. de Marande, á quitarse el uniforme, y venir á informarse á casa de Justino, como á una fuente común, de lo que debieran hacer en las diferentes eventualidades que pudieran ofrecerse.

Justino esperaba también á Salvador.

Éste llegó á las nueve de la noche.

Él también, por su parte, se había quitado el uniforme y vuelto á tomar su traje de mandadero.

Veíase fácilmente en su frente, cubierta de sudor, y en su respiración precipitada que no había desperdiciado el tiempo desde que volvió de la revista.

— Y bien, ¿ qué hay ? preguntaron los cuatro al verlo.

— Hay, dijo Salvador, que hay consejo de ministros.

— ¿ Para qué ?

— Para acordar el castigo que se ha de imponer á esa guardia nacional, por no haber sido tan prudente como debiera.

— ¿ Y cuándo se sabrá el resultado del consejo ?

— En cuanto haya un resultado.

— ¿ Tenéis, pues, entrada en las Tullerías ?

— Tengo entrada en todos lados.

— Diablos, dijo Juan Robert, siento no poder esperar ; tengo un baile, á que no puedo faltar.

— Yo también, dijo Petrus.

— ¿ En casa de Mr. Marande ? dijo Salvador.

— Sí, contestaron los dos jóvenes admirados ; ¿ cómo sabéis ?...

— Yo lo sé todo.

— ¿ Pero mañana al amanecer, tendremos noticias ?

— No ; las tendréis esta noche.

— Pero si Petrus y yo vamos á casa de Mr. de Marande...

— Pues bien, las sabréis en casa de Mr. de Marande.

— ¿ Quién nos las dará ?

— Yo.

— ¡ Vos !

— Sí.

— ¿ Cómo, vais á casa de Mr. de Marande ?

Salvador se sonrió.

— Á casa de Mad. de Marande, no ; pero sí á casa de su marido.

Después añadió con aquella fina sonrisa, que era uno de los signos particulares de su fisonomía :

— Es mi banquero.

— ¡ Ah ! pardiez, dijo Ludovico, ¿ qué siento no haber aceptado la invitación que me ofrecías, Juan Robert !

— Si no fuese tan tarde, dijo éste.

Y sacando el reloj :

— Las nueve y media, continuó ; es ya imposible.

— ¿ Deseáis ir al baile de Mad. de Marande ? preguntó Salvador.

— Hubiera querido no separarme de mis amigos esta noche. ¿ No puede suceder cualquier cosa de un momento á otro ?

— Probablemente no habrá nada ; pero por esto no os separéis de ellos.

— Preciso es, puesto que no tengo invitación.

Salvador dejó vagar por sus labios una de las sonrisas que le eran habituales.

— Suplicad á nuestro poeta que os presente, dijo.

— ¡ Oh ! dijo con viveza Juan Robert, no tengo confianza bastante para eso.

— Entonces, suplicad á Mr. Juan Robert que ponga su nombre en esta esquela.

Y sacó de su bolsillo una esquela impresa, en la que se leían estas palabras :

« Mr. y Mad. de Marande tienen el honor de invitar á Vd. para el baile que darán en su casa de la calle de Artois el domingo próximo 29 de Abril.

» París 20 de Abril de 1827.

» Sr. D... »

Juan Robert miró á Salvador como estupefacto.

— Vamos, dijo Salvador, ¿ teméis que conozcan vuestra letra ? Dadme una pluma, Justino.

Salvador escribió el nombre de Ludovico en la esquila, desfigurando su letra fina y aristocrática, para que apareciese como una letra cualquiera.

Después alargó la esquila al joven doctor.

— Ahora, dijo Juan Robert, habéis dicho, mi querido Salvador, que no ibais á casa de Mad. de Marande, sino á casa de su marido.

— Cierto que he dicho eso.

— ¿ Cómo nos veremos ?

— Es verdad, dijo Salvador, sonriendo siempre del mismo modo, porque vos vais á la casa de la señora.

— Voy al baile de un amigo, y presumo que en él no se hablará de política.

— No ; pero á las once y media, cuando ya haya cantado nuestra pobre Carmelita, principiará el baile, y á las doce en punto se abrirá, al extremo de una galería que forma una escuadra, el gabinete de Mr. de Marande. Allí entrarán todos los que digan estas palabra :

CARTA y CHARTRES.

— No son difíciles de retener, ¿ no es verdad ?

— No.

— Pues bien, hélo aquí ya todo convenido. Ahora, si queréis vestiros y estar á las diez y media en el gabinete azul, no hay tiempo que perder.

— Tengo un asiento en mi carruaje, dijo Petrus.

— Llévate á Ludovico, puesto que sois vecinos, dijo Juan Robert ; yo me iré solo.

— Está bien.

— Y á las diez y media en casa de Mr. de Marande, para oír á Carmelita, dijo Petrus.

— Y á las doce en el gabinete de Mr. de Marande, para saber lo que ha pasado en las Tullerías.

Y los tres, después de haber estrechado las manos de Salvador y de Justino, se retiraron, dejando solos á los dos carbonarios.

Á las once, ya lo hemos visto, Juan Robert, Petrus y Ludovico estaban reunidos en el lugar de la cita y aplaudían á Carmelita.

Á las once y media, en tanto que Mad. de Marande y Regina cuidaban de Carmelita desmayada, daban á Camilo la lección que hemos visto.

Por fin á medianoche, en tanto que Mr. de Marande se informaba de la salud de Carmelita, besaba galantemente la mano á su mujer y la pedía como un favor el ir á saludarla, terminado el baile, á su alcoba, nuestros amigos entraban en el gabinete del banquero, después de decir, al pasar, la palabra convenida :

CARTA y CHARTRES.

Estaban allí reunidos todos los veteranos de las conspiraciones de Grenoble, de Belfort, de Saumur, y de La Rochela ; esos hombres, en fin, que habian conservado sus cabezas sobre sus hombros por un milagro de equilibrio.

Los Lafayette, los Kœchlin, los Pajol, los Dermoncourt, los Carrel, los Guimard, los Arago, los Cavaignac, representando cada cual, ya una opinión extrema, ya una media tinta, pero produciendo siempre en el gran día una reconocida honradez.

Tomábanse helados, bebiase ponche y se hablaba de teatros, de artes y de literatura.

De política nadie decía una palabra.

Los tres jóvenes entraron juntos y buscaron con la vista á Salvador.

Salvador no había llegado todavía.

Todos tres, según sus simpatías, fueron á unirse á una de las celebridades de la época que allí estaba.

Juan Robert á Lafayette, que le profesaba un cariño casi paternal.

Ludovico á Francisco Arago, aquella hermosa cabeza, aquel gran corazón, aquel talento seductor.

En fin, Petrus á Horacio Vernet, cuyos cuadros habían sido rechazados del salón por causa política, y que acababa de exponerlos públicamente en su casa, adonde todo París se apresuraba á concurrir.

El gabinete de Mr. de Marande presentaba una curiosa muestra de los descontentos de todos los partidos.

Todos estos descontentos, hablando, como hemos dicho, de teatros, literatura y bellas artes, volvían, sin embargo, la cabeza hacia la puerta á cada nombre que se anunciaba.

Parecían esperar á alguno.

Y en efecto, aguardaban al mensajero desconocido, que debía traerles noticias de palacio.

La puerta se abrió por fin, y dió paso á un joven de unos treinta años, de digno continente y vestido con la más exquisita elegancia.

Petrus, Ludovico y Juan Robert, contuvieron un grito.

El joven que acababa de entrar era Salvador.

CAPÍTULO V.

EL SEÑOR DE VALSIGNY.

El recién venido buscó con la vista á Mr. de Marande, lo vió y se dirigió hacia él.

Mr. de Marande le alargó la mano.

— Tarde llegáis, Mr. de Valsigny, le dijo el banquero.

— Sí, respondió el joven, con voz y gestos diferentes de su voz y gestos habituales, y poniéndose un lente en el ojo derecho, como si tuviera necesidad de este adherente para reconocer á Juan Robert, Petrus y Ludovico; sí, llego tarde, es cierto, pero me he detenido en casa de mi tía, una viuda anciana, amiga de la duquesa de Angulema, y que me dió noticias de palacio.

Cada cual prestó atención.

Salvador cambió algunos saludos con personas que se estrechaban á su alrededor, y cada uno de estos saludos marcaba con precisión el grado de amistad, de respeto ó de familiaridad que unía á cada cual con el elegante Mr. de Valsigny.

— ¿Noticias de palacio? preguntó Mr. de Marande, ¿y qué noticias hay?

— ¡ Ah!... ¿no sabéis? sí, pues ha habido consejo.

— Eso, Mr. de Valsigny, dijo riendo Mr. de Marande, no es nuevo.

— Pero puede de aquí salir algo nuevo.

— ¿De veras?

— Sí.

Todos se acercaron más.

— Veamos.

— ¿Qué hay?

— Á propuesta de Mrs. de Villele, de Corbiere, de Peyronnet, de Damas, de Clermont Tonerre; y á consecuencia de la insistencia de la delfina, á quien los gritos de *abajo los jesuitas* habian desagradado en extremo; á pesar de la oposición de Mrs. de Frayssinous y de Chabrol, que opinaban por el licenciamiento parcial, la guardia nacional ha sido disuelta.

— ¿Disuelta?

— Completamente: de modo que yo que tenía el bonito empleo de furriel, me hallo cesante... y preciso es que me ocupe en otra cosa.

— ¡Disuelta! repitieron los oyentes.

— ¡Pero es muy grave lo que decís! añadió el general Pajol.

— ¿Os parece así, general?

— Sin duda; es, sin más ni más, un golpe de Estado.

— Pues, justamente. S. M. Carlos X, ha dado un golpe de Estado.

— ¿Estáis seguro de lo que decís? preguntó Lafayette.

— ¡Ah! señor marqués... (Salvador no había tomado por lo serio la acción de quemar sus títulos de nobleza Mrs. de Lafayette y de Montmorency en la noche del 4 de Agosto de 1789); ¡ah! señor marqués, no digo nunca nada que no sea verdad.

Y añadió después con voz firme:

— Creía tener el honor de seros bastante conocido, para que no dudaseis de mi palabra.

El anciano tendió la mano al joven.

— Hacedme el gusto de no llamarme marqués, le dijo.

— Perdonadme, replicó sonriendo Salvador; pero sois hasta tal punto marqués para mí.

— Pues bien, sea; para vos que tenéis talento, seré lo que queráis que sea; pero hacedme sólo general para los demás...

Volviendo entonces á la conversación primitiva:

— ¿Y cuándo se redacta esa ordenanza? preguntó el general Lafayette.

— Está ya redactada.

— ¡Cómo redactada! dijo Mr. Marande, ¿y yo no lo sé todavía?

— Lo sabréis probablemente muy pronto, y no tenéis por qué incomodaros con vuestro oráculo, porque yo tengo medios de ver á través de las murallas una especie de diablo cojuelo que levanta los techos para que yo mire en los consejos de Estado.

— Y mirando á través de las paredes de las Tullerías, ¿habéis visto redactar la ordenanza?

— Hay más, la he leído por encima del hombro del que escribía. ¡Oh! no hay en ella frases, ó más bien, sólo hay una frase: « Carlos X, por la gracia de Dios, etc... á propuesta de nuestro secretario de Estado, ministro del interior, etc., LA GUARDIA NACIONAL ES DISUELTA. » Hé aquí todo.

— ¿Y esa ordenanza?

— Ha sido enviada por duplicado al *Monitor* y al mariscal.

— ¿Y aparecerá mañana en el *Monitor*?

— Aparecerá ya, aunque el *Monitor* no ha aparecido. Los circunstantes se miraron unos á otros.

Salvador continuó:

— Mañana, ó más bien hoy, pues que ha pasado ya la medianoche, á las siete de la mañana los guardias nacionales serán relevados de sus puestos por la guardia real y la tropa de línea.

— Sí, dijo una voz, hasta que la guardia nacional releve de sus puestos á la tropa de línea y á la guardia real.

— Eso podrá suceder un día, respondió Salvador, cuyos ojos lanzaron un relámpago; pero no lo hará mediante una ordenanza de Carlos X.

— Pero eso es creer á ciegas, dijo Arago.

— ¡ Ah ! Mr. Arago, dijo Salvador, vos, un astrónomo que podéis predecir con dos ó tres años de anterioridad un eclipse, ¿ no veis nada en el cielo del realismo ?

— Qué queréis, dijo el ilustre sabio, soy un hombre positivo, y por consecuencia lleno de dudas.

— Es decir, que queréis una prueba, dijo Salvador. Sea: voy á daros una.

Y sacando de su bolsillo un papel, todavía húmedo:

— Tomad, dijo; hé aquí una prueba de la ordenanza que publicará hoy mismo el *Monitor*. Diablo, está un poco borrada; ha sido sacada á mano *ex profeso* para mí.

Después añadió sonriendo:

— Esto es lo que me ha retrasado un poco, dijo; la esperaba.

Y dió la prueba á Arago, de cuyas manos pasó á las de los demás.

Después, como un actor que sabe preparar sus afectos, cuando Salvador vió el que había producido, añadió:

— Hay además otra cosa.

— ¿Cuál? preguntaron todas las voces.

— Hay, que Mr. el duque de Doudeauville, ministro de la casa real, ha presentado su dimisión.

— ¿ Y ha sido aceptada ?

— En el acto.

— ¿ Por el rey ?

— El rey se resistía, pero Mad. la duquesa de Angulema le ha hecho observar, que era una plaza á propósito para el príncipe de Polignac.

— ¿ Cómo para el príncipe de Polignac ?

— Para el príncipe Anatole Julio de Polignac, condenado á muerte en 1804, salvado por la intervención de la emperatriz Josefina, hecho príncipe romano en 1814, par en 1816, y embajador en Londres en 1829. ¿ Se puede dudar todavía de su identidad ?

— Pero, ¿ siendo embajador en Londres ?...

— Y eso, ¿ qué importa ? se le llamará.

— Y Mr. de Villele, preguntó Mr. de Marande, ¿ ha aprobado ese llamamiento ?

— Se ha opuesto un poco, dijo Salvador, conservando su aire de ligereza, porque Mr. de Villele es un podenco muy fino, según dicen. Yo no tengo el honor de conocerle más que como la generalidad de los mártires, y esta es la palabra propia, creo, que por su cinco por ciento, porque, como dicen Mrs. Mery y Barthelemy,

En cinco años cabales, impasible Villele,
Cimenta sobre roca su sin igual fortuna:

comprende que no hay roca, por dura que sea, que no se pueda minar. Testigo de esto Amfibal, que al decir de Tito Livio, perforó la cadena de los Alpes con vinagre, y tiene miedo de que Mr. de Polignac no sea el vinagre que taldre su roca.

— ¡ Cómo, exclamó el general Pajol; Polignac ministro !

— No nos queda más que cubrirnos el rostro, dijo Dupont de l'Eure.

— Creo, caballero, por el contrario, que lo que nos resta es mostrarlo.

El joven pronunció estas palabras con tan diferente acento del que hasta entonces había empleado, que todas las miradas se fijaron en él.

Sólo en esto le habían reconocido sus tres amigos.

Era el Salvador que ellos conocían, y no el Mr. de Valsigny de Mr. de Marande.

En este momento entró un criado y puso un pliego en manos de Mr. de Marande.

— Urgente, dijo.

— Ya sé lo que es, dijo el banquero.

Y sacando con presteza la carta de un sobre sin sello, leyó estas tres noticias, escritas con muy gruesa letra.

« La guardia nacional disuelta. »

« La dimisión de Mr. Doudeauville aceptada. »

« Mr. de Polignac, llamado de Londres. »

— Diríase en verdad, dijo Salvador, que soy yo quien ha informado á S. A. monseñor el duque de Orleans.

Todo el mundo se estremeció.

El atrevido joven era tal vez el único que hubiera osado pronunciar aquellas palabras en semejante ocasión.

— Pero ¿quién os ha dicho que esto sea de S. A. R. ? dijo vivamente Mr. de Marande.

— He reconocido la letra, dijo sencillamente Salvador.

— ¿ La letra ?

— No tiene nada de particular : tenemos el mismo notario : Mr. Baratteau.

Anunciaron en este momento que el *buffet* estaba servido

Salvador dejó caer su lente y miró su sombrero, como hombre que se dispone á marchar.

— ¿ No nos acompañáis, Mr. de Valsigny ? dijo Mr. de Marande.

— Imposible, y lo siento.

— ¿ Cómo pues ?

— No he acabado aún esta noche, y tengo que ir al tribunal de Assises.

— ¿ Al tribunal á esta hora ?

— Sí, tienen prisa de acabar con un pobre diablo, cuyo nombre tal vez no os es conocido.

— ¡ Ah ! Mr. Sarranti ; ese miserable que ha matado dos niños y robado cien mil escudos á su bienhechor, dijo una voz.

— Y que se hace pasar por honapartista, dijo otra. Espero que será condenado á muerte.

— ¡ Oh !... lo que es respecto á eso, podéis estar seguro de ello.

— ¿ Y ejecutado ?

— ¡ Ah !... de eso no tanto.

— ¡ Cómo ! ¿ creéis que S. M. perdonará á semejante miserable ?

— No ; podría suceder que el miserable fuera inocente y entonces su perdón provendría, no del rey, sino de Dios.

Y Salvador pronunció estas últimas palabras con aquel acento que de trecho en trecho le hacía reconocer por sus amigos bajo la frívola apariencia de que se había revestido.

— Señores, volvió á decir Mr. de Marande ; ya lo habéis oído, el *buffet* nos espera.

En tanto que las personas á quienes Mr. de Marande se

dirigia, pasaban al comedor, nuestros tres amigos se acercaron á Salvador.

— Decidme, mi querido Salvador, dijo Juan Robert, ¿será posible que necesitemos vernos mañana?

— Es probable.

— Entonces, ¿dónde nos hallaremos?

— En mi sitio de costumbre, en la calle de Fers, á la puerta de mi taberna: ¿olvidáis siempre que yo soy un mandadero? ¡ Oh! ¡ qué poetas!... ¡ qué poetas!...

Y salió por la puerta opuesta á la que conducía al comedor, sin vacilar, como un hombre á quien todas las salidas y entradas de la casa son familiares, y dejando á sus tres amigos más que admirados estupefactos.

CAPÍTULO VI.

HABITACIÓN DE MAD. DE MARANDE.

Nuestros lectores recordarán tal vez, que con un acento de encantadora galantería, Mr. de Marande, antes de entrar en su gabinete, donde le esperaban las importantes noticias de las Tullerías, traídas por Salvador, había pedido permiso á su mujer, una vez concluido el baile, para ir á hacerla una visita en su alcoba.

Son las seis de la mañana.

El día empieza á aparecer.

Los últimos coches acaban de resonar sobre el empedrado del patio; apáganse las últimas luces, y comienzan los primeros ruidos de París.

Hace un cuarto de hora que Mad. de Marande se ha retirado á su alcoba, y hace cinco minutos que Mr. de Marande ha cambiado las últimas palabras con un hombre, cuyo aire militar se nota á través de su traje de paisano.

Estas palabras han sido:

Que S. A. R. esté tranquilo: sabe que puede contar conmigo como yo con él.

Detrás de este hombre que ha marchado, llevado rápidamente en un coche sin escudos por dos vigorosos caballos, y conducido por un cochero sin librea, y que ha desaparecido detrás de la esquina de la calle de Richelieu, se han cerrado las puertas de la casa de Mr. de Marande.

Sin embargo, lector, no te preocupes demasiado con los cerrojos y puertas que se interpongan entre ti y los dueños de la espléndida casa, en alguna de cuyas habitaciones hemos penetrado ya.

Nuestra varita mágica no necesita más que tocarlas, para que las puertas mejor cerradas se abran ante nosotros.

Usemos, pues, de este privilegio, y hagamos girar, al contacto de nuestro talismán, las puertas del gabinete de Mad. Lydia de Marande.

— SÉSAMO, ABRETE.

Ya lo veis: ya está abierta la puerta de ese encantador gabinete azul celeste, donde hace algunas horas habéis oído cantar á Carmelita la *Romanza del Sauce*.

Dentro de poco tendremos que abrir ante nosotras otra puerta bien terrible: la del tribunal de Assises.

Pero permitid que antes de poner el pie en este infierno del crimen, entremos á descansar un instante y á tomar